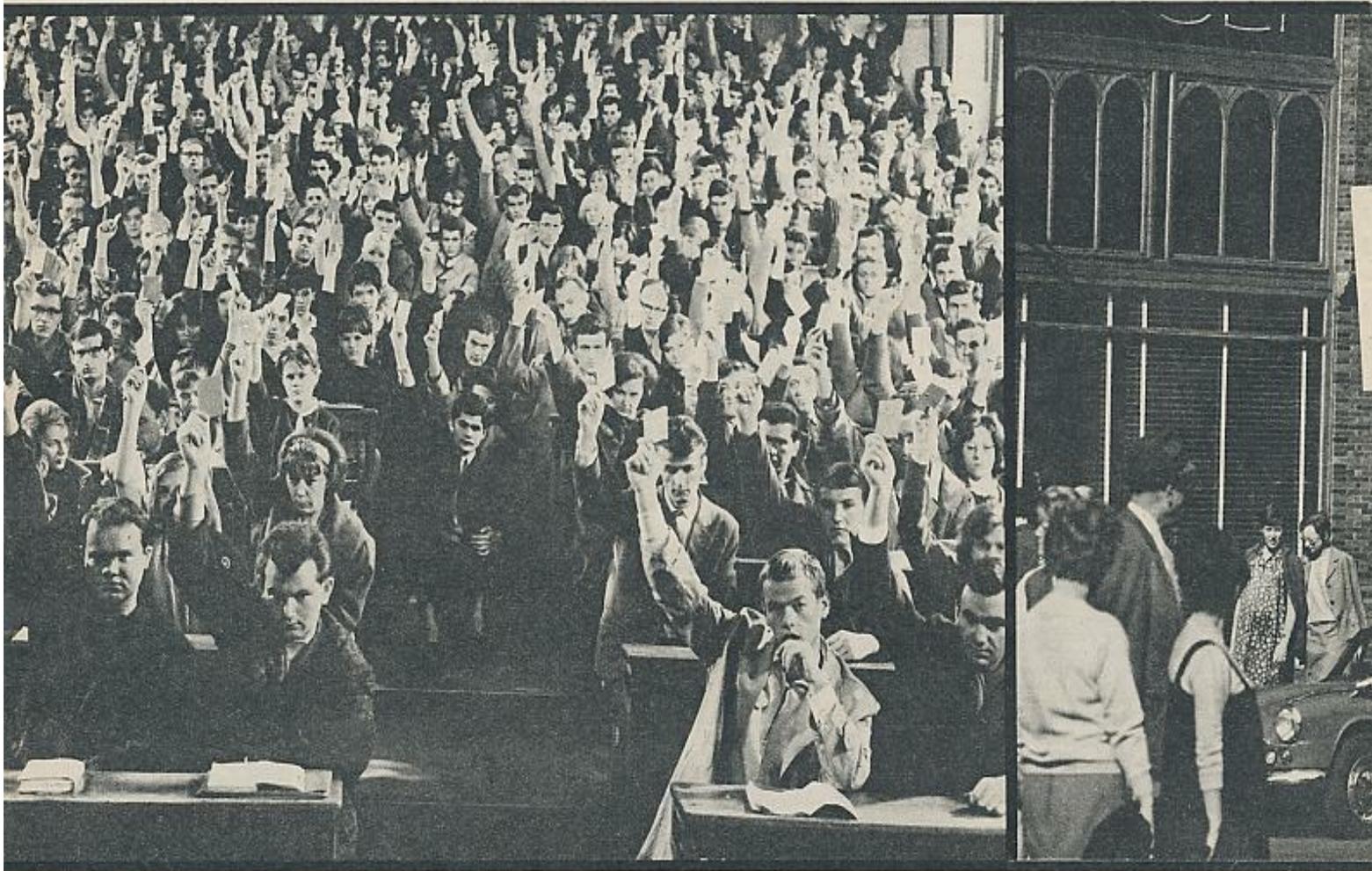


EN ALGUN LUGAR DE EUROPA...

CINE HUNGARO, AÑO 21



Por CESAR SANTOS FONTENLA

El actual cine húngaro es, sin duda, el único del mundo a través del cual es posible al espectador conocer una realidad nacional, una problemática vigente. Mal conocido —por no decir que totalmente desconocido— en nuestro país, como el resto de los cinemas socialistas, los films presentados por él a los Festivales de San Sebastián no han contado, precisamente, entre los mejores de su producción, aunque hayan sido estimables. En pantallas comerciales, a través de la modalidad «arte y ensayo», sólo se ha estrenado en Madrid el extraordinario «Apa», de Istvan Szábo, cuya primera obra, «La edad de las ilusiones», circuló en su momento por los cine-clubs. Los mismos cine-clubs proyectan en la actualidad «Un verano en la montaña», de Peter Bacso, y sigue pendiente de estreno «Hola, Vera», de Janos Hersko, ya adquirida para su exhibición. Aparte esto, hace unos meses, TVE presentaba un breve e incompleto ciclo en el que si bien figuraban autores importantes —Zoltan Fabri e Istvan Gaal, en particular—, no lo hacían con sus mejores

films y que presentaba el inconveniente de mostrar films que, excepto el «Remolinos», de Gaal, pertenecían a una etapa anterior a la del actual esplendor del cine magiar.

LOS VERDES AÑOS

Es, en efecto, a partir de 1963 cuando se inicia esta etapa. Con anterioridad a ella, hombres como Fabri, Feher, Mariassy, Makk o Ranody habían iniciado un movimiento de renovación que había dado como resultado obras de innegable valor. Pero aún no podía hablarse de auténtica eclosión del cine húngaro. Dentro del campo socialista, y cuando ya quedaba lejos el gran período del cine soviético, la preponderancia correspondía por aquellos años, inmediatos a la instauración en el poder de Gomulka, a Polonia. Luego llegaría la gran etapa del cine checo y, en último lugar, le tocaría el turno a Hungría. Los años inmediatos al 56, marcados por los acontecimientos de octubre y noviembre, son de búsqueda. Empezan a aparecer en el cine húngaro, frente a los films «optimistas»

de los años anteriores, otros desesperados, profundamente pesimistas. Desaparecen los «héroes positivos» de la época del stalinismo, se pone en tela de juicio la teoría jdanovista del arte. Hay tanteos más o menos afortunados, pero existe, en todo caso, una clara evolución, que va aparejada a la que el sistema político va experimentando en el sentido de una indiscutible liberalización. La creación, en 1960, del Estudio Bela Balasz, supone la institucionalización de las búsquedas experimentales. En él se reúnen, para realizar cortometrajes documentales o de ficción, los jóvenes cineastas recién salidos de la Escuela Superior de Cine. Desde él se plantean los problemas estéticos e ideológicos de lo que ha de ser el nuevo cine húngaro. Gaal, Szábo, Kezdi-Kovács, Kósa, Sara, Huszarik y, en el ámbito femenino, Marta Meszaros, Judit Elek, Livia Gyarmathy realizan cortos que tienen un valor en sí mismos, y no sólo en cuanto que prolegómenos a su obra posterior en el campo del largometraje. Los postulados de que parten serán los que hagan posible el actual impulso del cine húngaro.

LA EDAD DE LAS ILUSIONES

«Cantata», de Miklos Jancsó, abre, pues —dentro del esquematismo a que el reducido espacio obliga—, el ciclo de grandes triunfos, aunque haya que esperar al año siguiente, con «Veinte horas», de Fabri, y en especial a 1966, con el éxito en Cannes de «Los sin esperanza», del propio Jancsó, para que en el extranjero, y concretamente en el llamado mundo occidental, empiecen a volverse los ojos hacia el cine húngaro. Sería preciso disponer de un más amplio espacio para hablar, con la detención que requieren, de obras como «Los intratables», de Kovács, implacable alegato contra la burocracia y sus nefastos efectos sobre la iniciativa individual, realizados con arreglo a los métodos del cine directo; de «La edad de las ilusiones», de Szábo, retrato sin complacencia de una juventud en crisis que descubre, al enfrentarse con la vida después de abandonar la Universidad, que no todo lo que hasta entonces se le ha dicho responde a la verdad; de «Los verdes

TESTIMONIO Y PREGUNTA



Miklos Jancsó es el realizador húngaro más popular en el extranjero, el director "vedette". A él se deben films tan extraordinarios como "Los sin esperanza", "Rojos y blancos", "Silencio y grito"...



Entre los actores jóvenes hay que destacar a Lajos Balázsovits y Kati Kovács, que han intervenido juntos en varios films. La foto pertenece a "Mari", de Marta Meszaros, esposa de Jancsó.



Entre los temas más frecuentemente tratados por el tema magiar figura el de los jóvenes y su inscripción en la nueva sociedad. A la izquierda, una imagen de "Los verdes años", de Istvan Gaal, crónica de los años del stalinismo en un medio universitario. A la derecha, "Los clowns en el muro", de Pal Sándor, retrato de unos adolescentes, de sus sueños y sus visiones del futuro.



años», de Gaal, puesta en tela de juicio del dogmatismo de los años cincuenta; de «Mi camino» y «Los sin esperanza», de Jancsó, films contra la guerra y la humillación y envilecimiento que de ella derivan tanto para vencidos como para vencedores, vistos a través de un lenguaje en el que el más crudo realismo es mostrado en imágenes tendentes a la abstracción; de «10.000 soles», de Kósa, gran fresco histórico sobre los últimos treinta años de vida del país; de «Apa», de Szábo, de la que ya se ha hablado en estas páginas, así como del excepcional «Rojos y blancos», de Jancsó...

PASCUA FLORIDA

En los últimos años, en los que ya linden directamente con la actualidad, habría que dedicar especial atención a «El saco», de Zolnay, sobre el primer año; a «Bautismo», de la ciudad para convertirse en historiador, con el lugar donde pasaron sus primeros años; a «Bautismo», de Gaal, donde dos hombres, grandes amigos en la infancia, vuelven a encontrarse al cabo del tiempo y se oponen

sus mutuos recuerdos, en su necesidad de justificar ante sí y ante el otro la derrota, disfrazada objetivamente de triunfo, de sus vidas; a «Silencio y grito», de Jancsó, elevación al último grado de su personalísimo estilo, dentro de la temática que le es propia; a «Los muros», de Kovács, reflexión sobre la dificultad de vivir y realizarse en la Hungría actual, a través de dos historias paralelas y más tarde coincidentes, que se desarrollan en París y Budapest; a «Pascua florida», de Imre Gyöngyössi, que, si temáticamente puede recordar a Jancsó, estilísticamente ofrece la revelación de una apasionante personalidad, que ya se había apuntado en su colaboración con Gaal, como guionista; a «Piedra lanzada», primer largometraje como realizador del excepcional operador Sandor Sara, que demuestra tener el mismo interés en esta nueva faceta que en la anterior; a «Vientos luminosos», de Jancsó, contradictorio y discutible políticamente, pero llano de sugerencias y de rigor crítico; a «Los clowns en el muro», de Pal Sándor, incursión en el mundo de la adolescencia mediante la interiorización en un personaje que, forzosamente aislado una noche, se cuenta historias a sí mismo, sueña y recuerda... He-

bría que hablar también, evidentemente, de Marta Meszaros, de Judit Elek, de Livia Garmath, cuyo «¿Conoce usted el Sunday Monday?» está siendo uno de los films recientes más discutidos, sobre todo en los medios juveniles... Son muchos los realizadores húngaros que ofrecen interés y es, sobre todo, su obra de conjunto, al margen de divismos, de logros individuales mayores o menores, la que resulta apasionante.

LA PIEDRA LANZADA

La cinematografía húngara, pues, se encuentra en excelente momento. No ha habido este año, quizá, revelaciones de la talla de las de años anteriores. Jancsó, el director «vedette», cuya última obra, «Sirocco», no pudo ver por no estar lista la copia —la que se proyectó en Venecia era la versión francesa—, parece haber decepcionado. Pero hay que tener en cuenta que posiblemente se trate más de la falta del elemento sorpresa que jugaba en el primer momento, que de un real descenso. La película de Sara, la de Jancsó y la de Gyöngyössi son suficientes y más que suficientes

para prestigiar cualquier cinematografía, y más si se tiene en cuenta que la húngara raramente sobrepasa una producción de veinte films anuales. Es cierto que de estos veinte films no todos se sitúan al mismo nivel de calidad o de exigencias. Junto a una producción interesante, de prestigio, auténticamente de autor, que viene a ser de algo menos de la mitad del total, coexiste otra de carácter puramente «comercial» —valga la palabra aunque se trate de una economía socialista—, de muy escaso interés, en la que se inscriben operetas, adaptaciones de obras literarias populares realizadas a todo color, con gran despliegue de medios y sin la más mínima preocupación estética, aunque, eso sí, dentro de un tono de dignidad.

SILENCIO Y GRITO

Este sería, en último término, el gran problema del cine húngaro, de un cine que, pese a todo, no es aún, en sus planteamientos últimos, revolucionario. El público, pese al gran esfuerzo realizado en el país en el campo de la cultura, sigue prestando mayor asenso al film-espectáculo que

(Proverbio japonés)

5.000 pesetas de más no las pague jamás.



La calidad del televisor SANYO 24 pulgadas es indiscutible.
Su reducido precio es el resultado de aplicar las técnicas de producción japonesas.
Esta es la simple realidad del televisor SANYO. Por tanto es innecesario pagar 23 mil y pico de pesetas por un televisor de iguales características, pudiendo comprarlo por 18.794 pesetas.

 **SANYO**

Precio impuestos incluidos: 18.794 Ptas.
2 AÑOS DE GARANTIA

CINE HUNGARO, AÑO 21

al film-problema. «Apa», la película de Szábo proyectada en España aludida más arriba, y que aquí constituyó un fracaso económico, lo fue igualmente en su país de origen. Pese a que últimamente se ha hecho obligatoria la enseñanza del cine en las escuelas secundarias, pese a que las revistas, y al frente de ellas la excelente «Film-kultura», ofrecen un rigor crítico envidiable, pese a que con frecuencia se celebran debates públicos en centros de enseñanza y de trabajo, en los que participan teóricos y autores del cine, éste sigue, en sus mejores obras, necesitando de un público diferenciado, lo que hace que de nuevo vaya a intentarse en el país un sistema de salas espaciales, que ya hace unos años se puso a prueba sin éxito. En lo que se refiere a la producción, el problema se traduce en el hecho de que, mientras en lo que se refiere a los films considerados de valor artístico las condiciones de trabajo de quienes participan en ellos son envidiables, el techo que permite la organización industrial y técnica ha de distribuirse entre aquéllas y las «comerciales», lo que hace que muchas veces, e independientemente de otras razones que serán apuntadas más tarde, los jóvenes realizadores tengan que esperar pacientemente el que les llegue su turno. Evidentemente, en un país cuya economía está aún en una fase de afianzamiento, no pueden ignorarse, en un medio que exige una tan grande movilización de dinero como es el cine, los resultados económicos, pero ello no es obstáculo a que sea deseable una mayor posibilidad aún de acceso a la actividad profesional creadora de los recién salidos de la Escuela. Para comprender esto, no obstante, es necesaria una breve ojeada a los sistemas de producción.

VEINTE HORAS, VEINTE AÑOS, DIEZ MIL SOLES

Desde 1948, el cine húngaro, en todas sus ramificaciones, es nacionalizado. La experiencia no era nueva para él, ya que en la época de la República de los Concilios, en 1919, la había vivido, con anterioridad incluso al cine soviético. Pero entonces había durado sólo unos meses. Y con posterioridad, durante el largo reinado del almirante Horthy, había vivido sometido a las exigencias del capital, muchas veces extranjero, y a la imitación, en especial, de las cinematografías alemana y yanqui. Los primeros años no son precisamente brillantes, en general, aunque ya en el propio 48 se produjera una obra como «En algún lugar de Europa», de Geza Radványi, que en su momento recorrió los cine-clubs españoles. A lo largo de etapas a las que ya se ha hecho referencia con la brevedad que exige el espacio disponible, se llega a la actual. La producción está asegurada por la organización Mafilm, que dispone de ocho estudios, todos ellos en Budapest, cuatro de ellos de dimensiones reducidas, y que se divide en siete grupos de producción, concebidos a imitación del modelo polaco: cuatro para largometrajes, uno para noticiarios y documentales, otro para los films de vulgarización científica y el último para los encargos de Ministerios u otros organismos. Los grupos de producción, a cuya cabeza se encuentran personalidades prestigiosas del mundo del cine —directores, guionistas, teóricos—, son los encargados de ele-

gir guiones o argumentos, que se discuten en común, y decidir sobre su realización; cuando el guión es definitivamente aceptado, se envía a la Dirección General de Cinematografía, que puede utilizar su derecho de veto, y, de no hacerlo, concede al grupo un crédito para la realización del film, crédito que, generalmente, no es suficiente para su financiación y es complementado por los que conceden el distribuidor y la empresa encargada

siempre acaban, más pronto o más tarde, por salir adelante. Ahora bien, antes de emitir un juicio apresurado sobre unas limitaciones a la libertad de expresión que, ciertamente, existen, conviene plantearse hasta qué punto, y en un terreno de estudio comparado, estas limitaciones no son increíblemente menores que en el resto de las cinematografías nacionales, tratándose del bloque político —socialista o capitalista— de que se trate. Ya he dicho

de importancia, no es estudiada desde ángulos puramente psicológicos o a escala simplemente individual. Se pone en cuestión la responsabilidad de todo un pueblo, de ese país que fue su protagonista. Incluso, en más de una ocasión, se ha reprochado al cine húngaro, desde dentro y desde fuera, este continuo echar piedras sobre su propio tejado, este afán de bucear en la conciencia de todo un pueblo para interrogarse sobre el punto hasta el que, desde la vergüenza de la colaboración con el nazismo hasta la pasividad en los años más negros del stalinismo, pudo y debió hablarse de culpabilidad colectiva. Pero lo cierto es que, en ningún caso, los films húngaros son films de la «mala conciencia», como puedan serlo tantos films alemanes de «Justificación», sino llamadas a la reflexión para que en ningún caso momentos similares puedan volver a producirse en la historia del país. Films históricos en el mejor sentido de la palabra —tratándose de historia remota, próxima o actual, en plena gestación—, los mejores films húngaros son, al mismo tiempo, films esencialmente modernos, dentro de una concepción de la modernidad que no tiene que ver con la que confunde aquélla con la moda impuesta por una sociedad de consumo. Films-pregunta, como han sido calificados por Peter Rényi, plantean, a diversas escalas, una problemática basada, ante todo, en realidades concretas, que si en ocasiones son traspuetas a épocas pasadas, lo debieron muchas veces a la necesidad —cuando el problema de la guerra y sus secuelas aparece— de adaptar a la edad de los personajes los plazos históricos.



«Los muros», de Andrés Kovács, es uno de los films más críticos del reciente cine húngaro, en el que se plantean con absoluto rigor una serie de dificultades y problemas individuales y sociales.



Inre Gyöngyösi, antiguo colaborador de Gaal, ha logrado en su primer film, «Pascua florida», cuya acción se sitúa en los días de la República de los Concilios, una obra auténticamente importante.

de la eventual exportación, ambos de carácter estatal. La Dirección General dispone, en todo caso, de un fondo suplementario con el que puede ayudar excepcionalmente a films que los otros organismos consideren «difíciles», cuando se trata de una obra de excepcional calidad o de un director debutante.

LOS Muros

Evidentemente, no todo es color de rosa en el panorama del cine húngaro. Hay películas que no se hacen, pese a ser presentados los guiones en los que doblaran basarse. Hay, también, películas que se enfrentan con serios problemas una vez realizadas, aunque

que el cine húngaro, apasionante incluso cuando se ven sus obras aisladamente, al azar de un improbable estreno en pantallas españolas o de un eventual viaje al extranjero, lo es mucho más cuando se contempla un número importante de obras en bloque y sobre el terreno. Es entonces cuando, al lado del enorme coraje con que se afrontan problemas cuyos equivalentes en otras coordenadas políticas serían tabús, las referidas limitaciones resultan minimizadas. Fabri, en «Veinte horas»; Kovács, en «Los Intratables», «Días helados» o «Los muros»; Jancsó, en toda su obra, procedan a una labor de disección de las contradicciones de la sociedad en que se desenvuelven, impensable en otras latitudes. La responsabilidad, tema clave de la mayoría de los films húngaros

VIENTOS LUMINOSOS

Se producen, como ha quedado dicho, unos veinte films en Hungría. Pocos, posiblemente, para las necesidades del país y también para dar acceso a cuantos jóvenes realizadores con talento pretenden incorporarse a la profesión, pero la cifra es el máximo que permiten las instalaciones y medios técnicos disponibles. Ello da como resultado que, si bien en el terreno de la creación la cifra es insuficiente, en el de la interpretación —en último término, lo que vemos sobre la pantalla son unos actores moviéndose en un escenario— se observe, al no haber una industria lo suficientemente amplia, una excesiva repetición de rostros, una falta de actores jóvenes, ya que la mayoría de los intérpretes proceden de la nómina del teatro. Así, frente a un Lajos Balázsovits o una Kati Kovács, los actores jóvenes más populares, vemos repetidamente a Mari Töröcsik, Zoltan Latinovits o la característica Teri Horváth. Pero, en este terreno, son las nuevas promociones de directores las que habrán de encargarse de renovar un elenco que, aunque con frecuencia admirable, ha cumplido ya su ciclo. La cosa no es grave, aunque no deja de ser importante. En estos días empiezan sus primeros largometrajes dos hombres de los que se espera mucho: Zsolt Kézdi-Kovács, ayudante de Jancsó en sus últimas obras y autor de varios cortometrajes, y Zoltan Huszár, cuyo corto «Elegía» es uno de los más valiosos, realizados por el grupo del Estudio Bela Balasz. Ruedan de nuevo Szábo y Kósa. El panorama, pues, es prometedor. Y hay, en consecuencia, que seguir confiando en el cine magiar. ■ C. S. F.